

sión de los demás, ¿cómo no han de salir unos niños preciosos, ya que tanto amor se emplea para fabricarlos?

Y reía alegremente diciendo aquello.

Mateo atravesó el cuarto y gritó por el ojo de la escalera:

—¡Es un niño!

—¡Bueno!—replicó con sorna Beauchéne,—con este ya van cuatro, sin contar con la hija. Os felicito. Voy a participárselo a Constanca.

Mateo entró de nuevo en aquel cuarto de combate y de victoria. Allí estaba la mujer madre, temblorosa todavía por la obra cumplida, la santa obra de la naturaleza siempre fecunda, ¡jamás inactiva! Podía en buena hora realizar sus hazafías la muerte, podía perderse la semilla en el campo mal sembrado; pero la mies crecería siempre espesa gracias a la prodigalidad de los amantes abrasados por el eterno deseo, creador de los mundos. La compensación estaba en todas partes como la vida brotaba por todos lados, pululando aquí cuando la hoz segadora pasaba por allá, y la vida estallaba en aquella habitación henchida de gozo y alegría, como para rescatar otras profecías clandestinas, otros partos horribles y criminales. Aquel sér que nacía, aquel pobre sér desnudo que clamaba como un pajarillo aterido, aumentaba la vida universal; era algo así como la eternidad encarnando en un sér por él asegurada. Y así como la noche de la concepción la naturaleza entera había querido presentar el abrazo fecundo, ahora también, en el acto del nacimiento, el sol fulguraba creando vida, entonando el poema de la eterna fecundidad mantenida por el amor eterno.

LIBRO TERCERO

I

—¡Te digo que no necesito a Zoe, para hacerle que tome el baño!—decía Mateo, enfadándose.—
Quédate en cama, descansa.

—Pero,—contestó Mariana,—bien necesitas que la niñera te prepare la bañera y te traiga el agua caliente.

Y divertida por aquella disputa, reíase, concluyendo por hacerle reír también a él.

Habían llegado la antevíspera, instalándose en el pabelloncito alquilado a los Seguin, a la orilla de los bosques, cerca de Jonville. Y tal fué su sorpresa por hallarse de nuevo en el campo que, a pesar de los consejos del médico, Mariana había abandonado la cama, después de su alumbramiento, a los quince días, preocupándola poco su imprudencia. Unicamente se quejó del cansancio del viaje; de tal modo la nueva primavera adelantaba el calor de los rayos solares en aquel mes de

marzo. Por eso, a los dos días siguientes, un domingo, no teniendo que ir Mateo a la oficina, exigía de ella que se quedase en cama hasta las doce, hora del almuerzo, pudiendo pasar todo el día en casa.

—Mira,—volvía a decirla,—yo puedo cuidarme del niño mientras tú descansas. Harto le llevas al brazo desde la mañana hasta la noche. Además, ¡soy tan feliz viviendo aquí contigo y con el chiquitín!

Acercósele para besarla dulcemente, devolviéndole ella aquel beso, sonriendo. Bien es verdad que ambos estaban encantados. ¿Acaso no era aquel cuarto el mismo donde, la temporada anterior, tanto se amaron, donde habían pasado aquella noche feliz, fecunda? La temprana primavera dorábala alegre, tibiamente, esparcida por el espacio, en la naciente campiña, llena de savia. ¡Y cuán alegre y viviente parecían, llena todavía de su recuerdo de amor, mientras que el niño crecía a su lado! Inclínose Mariana sobre la cuna, que estaba a su lado, al borde mismo de la cama.

—El señorito Gervasio duerme a pierna suelta. Mírale. No tendrás valor para despertarle.

Quedáronse ambos un instante viéndole dormir. Echada ella al cuello de su marido abandonóse a él, y cabellos y aliento confundidos, reían de gozo al contemplar aquella cuna en la que descansaba la débil criaturita. Era en verdad un bonito niño; pero necesitábase todo el amor de un padre para cuidarse ya de aquel bosquejo de vacilantes formas apenas concluidas. Y lanzaron un grito al abrir los ojos, sin expresión todavía, llenos de misteriosa vaguedad.

—¿Ves cómo me ha mirado?

—Cierto es, a mí también; ha vuelto la cabeza

—¡Qué angelito!

Y no dejaba todo ello de ser una ilusión. Pues les decía muchas cosas que nadie hubiera entendido, aquella figurita tan tierna y muda. Veíanse en ella fundidos, sacaban parecido extraordinario de ella y durante horas y días enteros, disputaban por saber a quién se parecía más. Y así el uno aseguraba al otro que era su retrato. Apenas hubo abierto los ojos el señorito Gervasio, cuando rompió en gritos desesperados. Pero Mariana era impasible; ante todo el baño y luego ya mamaría. Subió Zoe con un jarro de agua caliente, preparó la bañerita al sol, en la ventana. Obstinóse Mateo en bañar al niño, lavólo durante algunos minutos con una esponja fina, mientras Mariana dirigía la operación desde la cama cambiando la delicada exageración con que lo hacía, como si hubiese tenido entre sus manos a un dios naciente, sagrado y frágil a quien hubiera creído magullar con sus gruesos dedos. Por lo demás ambos continuaron maravillándose de aquella escena adorable. ¡Y qué bonito estaba dentro del agua, con su carne sonrosada brillando al sol! Hasta bueno inclusive, callándose de pronto en éxtasis de beatitud, al sentir la envolvente caricia del agua tibia. Nunca hubo padres que tuvieran un tesoro semejante.

—Entre tanto,—dijo Mateo, después de haberle ayudado Zoe a secarlo con un lienzo fino,—peseños al señorito Gervasio.

Era esa complicada operación, que aun hacía más difícil la profunda repugnancia que sentía el chiquillo por ella. Movíase en la balanza, tanto, que era materialmente imposible obtener el justo peso, para poder establecer exactamente la diferencia en las pesadas, que acusaban un aumento variable de una semana a otra entre ochenta y

doscientos gramos. Su padre por lo general perdía la paciencia. Era indispensable la intervención de su madre.

—Mira, pon la balanza cerca de mi cama, encima de la mesa, y dame el niño con los pañales. Luego los descontaremos.

En aquel momento aconteció lo de cada día. Los cuatro mayores que ya se vestían solos y a quienes ayudaba Zoe aparecieron, precipitándose cual caballos desbocados al galope. Ya habían saltado al cuello de su papá, colocándose alrededor de la cama de su madre, cuando la vista de Gervasio en las balanzas les dejó llenos de admiración y de interés:

—Oye,—gritó el más pequeño, Ambrosio,—¿por qué le pesan?

Los dos mayores, los gemelos Blas y Dionisio, contestaron a la vez:

—¿No te han dicho que mamá lo compró en el mercado de la Magdalena y ahora quieren saber si le han dado de menos en el peso y la han engañado?

—¡Yo quiero ver! ¡Yo quiero ver!

Y poco faltó para tumbarlo todo. Fué preciso echarlos a la calle.

—Hijos míos,—les dijo su padre,—marchaos a jugar fuera. Coged los sombreros para guardaros del sol, y quedaos bajo la ventana.

Al fin pudo Mariana obtener un peso exacto, a pesar de los saltos y lloriqueos del señorito Gervasio. ¡Qué alegría! ¡Había ganado en aquella semana doscientos diez gramos! Después de haber perdido, como todos los recién nacidos, durante los tres primeros días, volvía a ganar de nuevo carnes. Veíanle ya caminar, hermoso, fuerte. Incorporada a la cama, le envolvió en los pa-

ñales, con sus manos expertas, chanceándose y respondiendo a cada uno de sus gritos:

—Sí, sí, ya lo sé, tenemos hambre, mucha hambre... En seguida la sopa está en el fuego y se le servirá al señorito inmediatamente.

Al despertar habíase echado los cabellos hacia arriba formando un enorme moño, que hacía que se destacase más la blancura de su cuello, simplemente cubierto con un camisilla de franela blanca, guarnecida de encajes, que sólo dejaba ver un poco al desnudo el brazo. Y, apoyada contra la almohada, continuó riendo, sacó de entre la camisa uno de sus pechos duros, hinchados por la leche, dilatándose como flor de la vida, blanco y rosa; mientras el chiquillo goloso, sin ver, posaba en él sus manecitas, tanteando con los labios. Así que encontró lo que buscaba, empezó a mamar con violencia, como si quisiera arrancar a su madre lo mejor de la sangre.

Dió ella en medio de su risa un ligero grito de dolor:

—¡Ah! ¡demonio, se me come, me ha vuelto a abrir una grieta!

Viendo Mateo que les tocaba el sol demasiado, tiró de una de las cortinas.

—¡No, no, déjanos así al sol!—respondió Mariana.—No nos molesta, al contrario, así sentiremos mejor la primavera dentro de las venas.

Volvió él, quedando absorto ante el arrobamiento que le producía aquel espectáculo. El astro rey esparcía sus rayos, haciendo palpitar la vida con todo su esplendor de salud y hermosura. Era imposible mayor y más glorioso esparcimiento, símbolo más sagrado de la eternidad viviente: el niño en el seno de la madre. Era la continuación del parto, durante muchos meses la madre que se daba, para acabar de criar al hombre, abriendo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ALY"
Avda. 3005 MONTEVIDEO

al mundo la fuente de la vida. Arrancaba de sus entrañas al hijo desnudo y frágil para darle aquel nuevo refugio de amor, en el cual se nutría. Y sin embargo, nada más sencillo al par que necesario. Después de haberlo creado, convertíase en nodriza para la hermosura y salud de ambos. No había, así en la alegría e infinita esperanza que esparcían a su alrededor, más que la natural grandeza de todo lo que retoña sana, lógicamente, engrandeciendo la especie humana. En aquel momento, Zoe, que después de haber arreglado el cuarto subía con un gran ramo de lilas dentro de un florero, anunció que los señores de Angelín, al regreso de un paseo matinal, aguardaban abajo, queriendo saber nuevas de la señora.

—Que suban,—dijo Mariana con alegría.—Ya puedo recibir su visita. Eran los Angelín de esa clase de matrimonios jóvenes, que, instalados en una casita de Jonville, dejaban para más tarde el tener hijos, con el fin de no turbar su vida errante de egoístas caricias. Era ella deliciosa, morena, alta, bien conformada, con un carácter continuamente alegre, de continua adoración del placer. El, buen mozo, rubio y cuadrado de hombro, semejando su cara a la de un mosquetero antiguo con bigote y perilla. Además de los diez mil francos de renta que les permitían vivir con independencia, ganaba algún dinero, arreglando abanicos, adornándolos de rosas y mujeres bonitamente dispuestas. De ahí que hasta entonces, su existencia no fuera más que un continuo dúo de amor. A fines del último verano habían conocido a los Froment, tras cotidianos encuentros, estrechando de ese modo su amistad.

—¿Se puede pasar, no somos indiscretos?—dijo desde el rellano con sonora voz Angelín.

Y así que la señora de Angelín hubo abrazado

a Mariana, excusóse de haber venido tan de mañana.

—Imagínese usted que no hemos sabido que se encontraban aquí desde la víspera, hasta ayer. Les esperábamos dentro de ocho días... Al pasar por aquí no hemos podido resistir y hemos preguntado por ustedes. Creo que nos dispensarán, ¿verdad?

Y sin aguardar respuesta, continuó diciendo:

—¡Calle, un nuevo chiquillo! Un niño, ¿verdad? Veo que todo ha ido bien. ¡Oh! en usted eso es habitual. ¡Dios mío qué chiquitín! ¡y qué mono es! Mirale, Roberto, con qué gusto mama. Parece una muñeca...

El marido, viéndola alegre, acercóse también y como ella, acabó por decir:

—¡Oh! sí, sí; esto es encantador... He visto algunos, flacos, amoratados, que parecen pollos desplumados... Cuando son así blancos y gordos, es muy agradable.

—Cuando quieran,—contestó Mateo,—tendrán uno igual. Ustedes pueden fabricarlo soberbiamente.

—No, no; he aquí en lo que no está uno seguro... Además, ya saben ustedes que Clara no los quiere hasta los treinta años. Aun nos quedan cinco de espera, viviendo para nosotros... Cuando tenga Clara treinta años, ya veremos.

A pesar de ello, la señora de Angelín continuaba mirando al niño, seducida, con la tentación de la mujer que ansía poseer un nuevo juguete, sintiendo sin duda en lo más íntimo de su ser, el brusco despertar de la maternidad. No era que tuviese un corazón perverso, antes al contrario, bajo su indiferencia de amante, tenía una bondad infinita.

—¡Oh! Roberto,—murmuró dulcemente,—¡si tuviéramos uno!

El contestó chanceándose:

—¿Entonces ya no me necesitas?

—Ya sabes que durante los nueve meses del embarazo y los quince de crianza, no podremos ni siquiera darnos un abrazo. En suma, dos años sin la menor caricia... No es verdad, querido amigo, que un marido razonable, que cuida de la salud de la madre y de su hijo, ¿no toca a su mujer en todo ese tiempo?

Mateo se echó a reír.

—Hay algo de exageración. Aunque es verdad, abstenerse es lo mejor, sin embargo...

—¿Has oído, Clara? Abstenerse. Frase fatal. ¿Eso es lo que tú quieres?... ¿Y si no puedo, y me voy por otro lado?

Las dos jóvenes, abochornadas, también reían, acomodándose a las bromas en uso sobre tan delicada materia. ¿Y no podía dárseles una prueba de ternura, esperando y permaneciendo fieles? Marcharse a otra parte, ¡aquello era abominable, sulevaba el corazón de tedio!

—¡Déjenle que diga!—acabó por decir la señora Angeln.—Me quiere demasiado, ni siquiera sabe si existen otras mujeres.

Pero un celoso temor empezaba a conmovérle. Y lo que osaba menos a decir en alta voz, era al su marido la aborrecería después de un embarazo, del cual quizás saldría afeada en extremo. En verdad, que aquella mujer fresca y alegre, presentaba un hermoso cuadro con su niño al pecho en aquel lecho bañado por la luz del sol. Pero a ciertos hombres aquello les causaba horror. Y aquellos pensamientos secretos, tradujéronse por esta reflexión: Además, bien podría no criar. Tendríamos nodriza.

—Claro,—dijo el marido—Yo no te dejaría criar nunca, eso sería estúpido.

De pronto arrepintióse de aquella brutalidad, y se excusó ante Mariana.

—Hoy día,—dijo,—las madres que tienen buena posición, no consienten en tener la molestia de criar.

—En cuanto a mí,—dijo Mariana sonriendo tranquilamente,—aunque tuviera una docena de hijos y cien mil francos de renta, los criaría todos. Al contrario, yo creo que si este hijito mío no me desembarazase de esta leche que me inunda, caería enferma: esto me es saludable. Y luego, creería que no habría concluido mi obra, sentiríame culpable de sus daños, sí, sería una madre criminal, una madre que no querría la salud y vida de su hijo.

Volvió hacia el niño sus hermosos y tiernos ojos, mirábale mamar golosamente, con mirada de amor inmenso, feliz del dolor que otras veces le causaba, contenta cuando chupaba demandado fuerte, como decía ella.

Continuó luego con una voz de ensueño:

—Mi hijo en manos de otra, ¡oh! ¡no, nunca, jamás! tendría celos, yo quiero que no sea más que mío, salido de mí, acabado por mí. Y no es que solamente se trate de su salud corporal, hábito de todo su sér, de su inteligencia y de su educación, que ha de ser educado por mí solamente. Y, si más tarde le viera tonto y malo, creería que ha sido la otra quien me lo habría mareado... ¡Hijo mío de mi alma! cuando mama así tan fuerte, siento mi alma en la suya, esto es delicioso.

Levantó los ojos y vió al pie del lecho a Mateo, que la miraba emocionado. Y añadió con alegría:

Fecundidad.—T. I.—14

—¡Tú también piensas así!

—¡Ah!—dijo volviéndose hacia los dos amantes, —tienes razón. ¡Ojalá que todas las madres de Francia la oyeran y pusieran a la moda el criar sus hijos ellas mismas! Para ello bastaría con que esto se considerase como un acto hermoso, y en efecto, ¿no es esa la belleza más brillante y elevada?

Los Angelín echáronse a reír con complacencia. No parecían convencerse, en su deseo de amantes egoístas. Y lo que finalizó la derrota fué un accidente previsto: la humana miseria. Habiendo concluído Gervasio de mamar, advirtió Mariana que se había ensuciado. No se enfadó por ello, mudó al niño, lavándole y enjugándole. Bajo el claro sol, la limpieza de aquel cuerpecito desnudo y sonrosado, no fué sino una alegría más. Pero con todo, a los otros no podía parecerles bien. Y los Angelín se levantaron para marcharse.

—¿Quedamos en que de aquí a nueve meses?— preguntó Mateo gallardamente.

—Pongamos dieciocho,—contestó el marido,—si hemos de contar los meses de reflexión.

Precisamente en aquel momento debajo de la ventana, estalló una batahola, un clamor penetrante de salvajes en pleno campo, porque Ambrosio, al tirar una pelota, la había colgado en un árbol. Blas y Dionisio lanzaban piedras, Rosita saltaba gritando, cual si tuviera la esperanza de alargar los brazos hasta allí. Quedáronse los Angelín inquietos y sorprendidos.

—¡Dios mío!—dijo Clara,—¿qué sucederá cuando tengan ustedes una docena?

—Pero si no gritaran,—dijo Mariana divertida,—la casa nos parecería desierta... Hasta la vista querida amiga, cuando pueda salir ya iré a verles.

Los meses de marzo y abril fueron soberbios, la convalecencia de Mariana se llevó a cabo con toda felicidad. Así pues, en aquella casita solitaria, perdida entre el follaje, vivíase en continua alegría. Cada domingo, puesto que el papá no iba a la oficina resultaba una verdadera fiesta. Los demás días, salía por la mañana y no volvía hasta las siete, siempre apresuradamente y agobiado por el trabajo. Y aunque aquellas prisas continuas no empañasen su buen humor, empezaba sin embargo a preocuparle el porvenir. Nunca le había inquietado la incomodidad con que se veía a su prole. No tenía deseos de ambición ni de riquezas, sabía que su mujer, como él, no tenía otra dicha que pasar allí una vida llena de salud, de paz y amor. Pero aunque no soñara con la posición de grandes caudales, con el disfrute de una posición elevada, preguntábase a veces cómo vivir, por modestamente que lo hiciese aumentando de aquel modo su familia. Y si continuaban viniendo hijos, ¿qué haría? ¿cómo buscaría lo necesario así que cada nacimiento le impusiera nuevas necesidades? Cuando se tienen hijos de aquel modo, es preciso, a cada nueva boca que se abre, crear recursos nuevos, so pena de caer en una imprevisión criminal. No se puede, en estricta moral, criar como las aves que dejan sus nidos al azar, cosechando otros por ellas. Y aquellas reflexiones le invadían tanto más cuanto que después del nacimiento de Gervasio, se agravaban en la casa las incomodidades, hasta tal punto, que no sabía Mariana cómo llegar a fines de mes, a pesar de los prodigios que hacía de economía.

Era preciso regatear los gastos más insignificantes, economizar la manteca en las rabanadas de pan de los niños, hacer que llevasen las blusas hasta el último remiendo. De año en año, para

colmo de embarazo, iban creciendo, gastando más. Había sido preciso mandar a la escuela de Jonville a los tres muchachos, aunque todavía no resultaba aquello muy caro. Pero el próximo año sería preciso mandarlos al Liceo, ¿en qué bolsillo encontrarían el dinero? Grave problema, recelo creciente de todos los momentos, que echaba a perder aquella primavera adorable, cuya prematura llegada, hacía florecer la vasta campiña. Lo peor era que Mateo tenía la convicción de permanecer en aquella situación de dibujante, en la fábrica de Beauchéne. Aun suponiendo que algún día le aumentasen hasta el doble su sueldo, podría acaso con aquellos siete u ocho mil francos, realizar sus ensueños de crear una familia numerosa, retoñando libre y gallardamente, cual retoña el bosque sin deber a nadie sino a la madre común, la tierra, de la cual recibe la savia, su fuerza, su salud y su hermosura. Y he aquí el porqué después de su vuelta a Jonville le atraía el campo, y en sus frecuentes paseos, rodaban por su imaginación vagos pensamientos, dándole rienda suelta. Pasábase minutos enteros ante un campo de trigo, a la orilla de un frondoso bosque, al borde de una balsa cuyas aguas brillaban al sol por entre los espinos de una tierra pedregosa. Levantábanse en él confusos proyectos, ensueños indeterminados, tan vastos y singulares, que no los había comunicado a nadie, ni aun a su mujer. Se hubieran burlado de él, encontrábase en ese momento de confusión y escalofrío en que los inventores sienten pasar por ellos el soplo del descubrimiento, antes de que tome cuerpo la idea general. ¿Por qué pues, no encomendarse a la tierra, a la eterna nodriza? ¿Por qué pues, no desmontaba y fecundizaba aquellos inmensos terrenos, aquellos bosques, aquellas tie-

rras, aquellos pedregales, que a su alrededor se dejaban estériles? ¿Por qué pues, si era justo que cada cual aportase su riqueza, crease su subsistencia, no podría él criar, con cada nuevo hijo, el nuevo espacio de tierra fecunda que le haría vivir, sin costar nada a la comunidad? Y aquello era todo, no se necesitaba nada más, escapándose su realización en el más hermoso de los sueños. Había ya transcurrido un mes desde que los Froment estaban en el campo, cuando una tarde fuese Mariana, completamente restablecida hacia el puente del Yeuse llevando a Gervasio en el cochecito, para esperar a Mateo que debía llegar temprano. Antes de las seis ya estaba él allí. Aprovechando la hermosa tarde ocurriósele dar un ligero rodeo, para ir al molino de los Lepailleur, en el ramblazo del río, con el deseo de comprarles huevos frescos.

—Vamos,—dijo Mateo.—Ya sabes que me gusta su viejo y romántico molino. Lo que no quita para que le hiciese derribar, si fuera mío, montando en su lugar otro nuevo y con una buena máquina.

En el patio de la vieja construcción, a medio cubrirla, con un encanto de leyenda, con su musgosa rueda durmiendo por entre los nenúfares, encontraron a los dueños, coloradote él, alto y enjuto de carnes, la mujer igualmente colorada y teca, ambos jóvenes y fuertes. Su hijo, Antofito, sentado en el suelo, hacía un agujero con sus manecitas.

—¿Huevos?—dijo la Lepailleur,—creo que debe haber, señora.

No se dió prisa, sin embargo, miró a Gervasio que dormía en el coche, y añadió:

—¡Ah! este es el último. ¡Qué gordo y qué mono es! No han perdido ustedes el tiempo.

Mas Lepailleur no pudo contener una sonrisa burlesca. Y, con la familiaridad del campesino que se ve frente a frente del burgués, al cual sabe que incomoda, díjole:

—Vamos, señor, que este es el quinto ya. Nosotros los pobres no podríamos permitirnos tanto.

—Pues, ¿por qué?—preguntó con calma Mateo. —¿Acaso no tienen ustedes este molino y esos campos, para ocupar en ellos los brazos que fueran viniendo, duplicando de ese modo el trabajo, triplicando los productos?

Aquellas palabras produjeron en Lepailleur el efecto de un latigazo. Una vez más, mostró todo su rencor. ¡Ah! con seguridad, que no sería aquella carraca de molino la que le enriqueciera, ya que no había enriquecido así a su abuelo ni a su padre. Y en cuanto a los campos, bonita dote le había aportado su mujer, campos en los que nada echaba raíces, que habían bañado con su sudor, sin que de ellos sacaran los gastos del abono y de la simiente.

—Con todo,—replicó Mateo,—sería necesario renovar el viejo mecanismo de este molino, o por mejor decir, dotarlo de una buena máquina de vapor.

—¡Hacer reparaciones en mi molino! ¡Ponerle una máquina de vapor! ¡Eso es una locura! ¿Y para qué? ¡puesto que descansa hace ya un mes o dos, después que el país ha renunciado al trigo!

—Luego,—continuó diciendo Mateo,—si estos campos producen menos, eso es porque los cultivan mal, rutinariamente, sin cuidados, ni máquinas, ni abonos.

—Aun habla usted de máquinas, todavía se atreve usted a nombrar esas farsas que han acabado de arruinar el mundo. ¡Ah! Todo eso no me es desconocido, quisiera ver cómo los cultivaba

usted mejor haciéndoles rendir lo que no pueden dar.

Enfadóse y con violencia brutal culpó a la tierra de toda su pereza y obstinación. Había viajado, se había batido en el Africa, de manera que no podía decirse que hubiera estado metido en un agujero como una bestia. Cuando volvió de su regimiento, sintióse apenado al ver que la agricultura estaba perdida y que no podía esperar de ella sino pan seco. La tierra, como Dios, estaba en bancarrota, pues de puro vieja ya no tenían fe en ella los trabajadores.

—No, señor mío, esto no puede durar más, esto ha concluido. Estamos perdidos, puesto que el labriego que se mata trabajando, concluirá por que no tenga ni agua para beber. He aquí por qué preferiría echarme al río antes de tener otro hijo, por lo menos de ese modo. Antofito tendrá de qué vivir siendo solo. Que necesidad hay de traer más desgraciados a este mundo. Y yo le juro a usted que mi hijo no será labrador, mal que le pese. Si se aficiona al estudio y quiere marcharse a París, no seré yo quien le prive de ello. Aquella es la tierra de promisión para los que quieren probar fortuna. Allí es donde se gana el dinero y lo que siento es no haberme aprovechado cuando era hora.

Mateo no pudo menos que echarse a reír. ¡Cosa rara! El que era todo un burgués, bachiller y hombre de ciencia, soñaba con el campo, soñaba el cultivar la tierra, madre común de todo bien y de todo trabajo, mientras que aquel campesino, aquel hijo de labriegos, maldecía de ella y no tenía otra ambición sino ver que su hijo también la maldijera. Aquella oposición tan significativa le había sorprendido sobremanera, aquello era el desastroso éxodo de la población rural hacia las

ciudades, que de año en año se agravaba y que concluiría por desangrar a la nación.

—Está usted equivocado,—añadió con tono alegre para quitar aspereza a aquella discusión.—No trate usted de traicionar a la tierra, pues que ella sabrá tomar venganza. En lugar de usted yo sacaría de ella lo que quisiese, redoblando mis cuidados. Lo mismo está hoy que el primer día y cual fecunda esposa, para los que saben abrazarla con cariño, devuélveles siempre centuplicados sus desvelos.

Pero Lepailleur se agitaba más y más.

—¡No, no! ¡estoy harto de tanta farsa!

—Lo que más me sorprende,—continuó diciendo Mateo,—es que no haya habido una persona inteligente que haya sabido sacar partido de esa inmensa propiedad abandonada, de ese Chantebled, del cual el viejo Seguin quería hacer antes un dominio señorial. Allí hay vastos terrenos incultos, partidas de bosque que deberían ser taladas, yermos que se cultivarían fácilmente. ¡Qué hermosa tarea para un hombre!

Quedóse Lepailleur como alorado. Pronto recobró, sin embargo, su aire socarrón.

—Dispense usted que le diga, señor mío, que está usted loco... Cultivar Chantebled, desmontar aquellos pedregales, empantanarse en aquellos cenagales. Muchos millones enterraría usted en ellos, sin cosechar un solo grano de avena. Es un rincón maldito que el abuelo de mi padre ya había visto tal como está y que los hijos de mi hijo verán igual. ¡Oh, sí! no soy curioso pero me gustaría conocer al imbécil que se le ocurriera semejante locura.

—¡Dios mío! ¿quién sabe?—acabó por decir Mateo.—Es preciso querer para vencer.

La Lepailleur, que había ido a buscar una docena

de huevos, quedó parada delante de su marido, llena de admiración al oírle hablar de tal modo en la ambición de hacer de su hijo un caballero, con un burgués. Ambos pensaban de igual modo, puesto que sólo a los señores es dado enriquecerse a paladas sin gran trabajo. Así pues, después de haber colocado los huevos debajo del cojinetes del coche de Gervasio, al ver que Mariana se marchaba llamóle la atención para que viera a Antofito que escupía dentro del agujero que había hecho.

—¡Oh! es muy sagaz, ya conoce las letras y pronto le mandaremos a la escuela. Si se parece a su padre, le aseguro a usted que no será tonto.

Paseando con Mariana y sus hijos, doce días más tarde, fué cuando tuvo Mateo la revelación suprema, el rayo de luz que debía decidir el porvenir de todos. Habían salido después del mediodía con la intención de merendar en el campo. Y después de correr por aquellos senderos y grupos de árboles, vagando por aquellos arenales, volvieron al límite del bosque, instalándose al pie de un roble. Desde allí veían extenderse la vasta llanura, el pabelloncito aquel que ellos ocupaban, antiguo punto de cita de las cacerías, y más allá, a lo lejos, la aldea de Jonville; a su derecha, veían la gran meseta pantanosa de la que descendían grandes pendientes desecadas y estériles, cuyas cañadas perdíanse hacia la izquierda; mientras a su espalda, hundíanse los bosques de frondosos sotos, que separaban grandes claros y praderas que nunca hoz alguna segó. Y sin un alma a su alrededor, con solo aquella naturaleza salvaje, de quieta grandeza, en aquel admirable día de abril y bajo un sol radiante. Toda la savia reunida parecía hinchar a la tierra, cual si brotara de un manantial de vida oculto, sub-

terráneo, cuyo hálito se sentía palpar en los corpulentos árboles, en las exuberantes plantas, en el violento empuje de los espinos y ortigas que invadían el suelo. Un aroma de insaciado amor, un aroma fuerte y áspero se exhalaba de las cosas.

—No alejarse demasiado,—dijo Mariana a los niños.—Nos quedaremos al pie de este roble y merendaremos en seguida.

Corrían galopando Blas y Dionisio seguidos de Ambrosio por ver quién llegaba primero; mientras Rosita les llamaba y enfadábase queriendo que jugasen a coger flores; sentíanse ébrios con aquel aire puro, lleno el cabello de hierbas que semejaban diminutas hojas posadas en los zarzales. Iban y venían, alocados, corriendo en todas las direcciones, arreglando ramilletes y llevando los mayores a su hermanita sobre la espalda. Durante el paseo quedábase Mateo distraído, con mirada vaga; y al hablarle Mariana apenas la escuchaba, abstraído ante la vista de un campo sin cultivar, de un rincón de bosque lleno de maleza o de una fuente cuyo brillo perdíase entre el cieno.

Ella sabía, sin embargo, que aquella indiferencia y tristeza no salía del corazón, puesto que al estar con ella mostrábase tierno y como siempre cariñoso; y si había adivinado que él pasase una crisis profunda, esperaba confiada que se la comunicase. Al verle mirar a lo lejos y estudiar el desenvolvimiento de los diversos terrenos, llamóle la atención diciéndole:

—¡Oh! ¡mira, mira!

Había colocado a Gervasito en el coche, debajo del añoso roble por entre hierbas que envolvían las ruedas. Mientras cogía un timbalito de plata, para hacerle monerías, notó que el niño, levantando la cabeza, seguía su mano, en la cual bri-

llaba la plata herida por la luz del sol. Hizo el experimento por segunda vez y nuevamente siguió al niño con los ojos aquella estrella, cuyo brillo lucía por primera vez en la alborada dudosa de su vista.

—¡Ah! ¡no dirán luego que me engaño, que yo me hago ilusiones! Ahora ve claramente con toda seguridad... ¡Monino mío, mi tesoro!

Echóse hacia él para besarle, como premio a aquella primera mirada. Fué el goce de la primera sonrisa.

—Fíjate, fíjate,—dijo a su vez Mateo,—mira cómo se ríe contigo ahora. ¡Pardiez! Parece que estos hombrecitos en cuanto ven con claridad se echán a reír.

—¡Tienes razón, se está riendo! ¡Ah! ¡qué contenta estoy, qué gracioso es!

Y el papá y la mamá reían de placer, al contemplar la risita de aquel niño, apenas sensible, fugitiva cual ligero rizo sobre la superficie del agua pura de una fuente. Llena de gozo Mariana llamó a los demás que jugaban cerca de allí por entre el follaje nuevo.

—¡Vamos Rosa! ¡Ambrosio! ¡Blas y Dionisio! Ya es hora, venid a merendar.

Vinieron corriendo y la mesa se improvisó sobre el blanco césped. Destapó la cesta Mateo, colgada delante del cochecito, y la mamá empezó a cortar rebanadas de pan repartiéndolas. Siguió un silencio, interrumpido sólo por el ruido de los dientes, comiendo todos con el apetito que da una salud buena, dando gusto verles. De pronto oyéronse gritos; era Gervasito que se impacietaba al ver que no era él el primero a quien atendían.

—¡Ah! sí, es verdad, me olvidaba de ti,—dijo Mariana alegremente.—Ahora te daré tu parte. Abre el piquito, monino.

Y con gesto sencillo y tranquilo, desabrochóse el corsé, sacó su blanco pecho, de una suavidad igual a la seda, y en el que hinchaba la leche aquel punto rosáceo, cual si fuera el botón de donde naciera la flor de la vida. E hizo lo bajo aquel sol que la bañaba en oro, ante la vasta campiña, sin avergonzarse ni estar inquieta por su desnudez, puesto que, como ella, la tierra, las plantas y los árboles estaban también desnudos chorreando savia. Luego sentóse en la hierba, desapareciendo entre aquel nacimiento, entre aquel retoñar de los gérmenes de abril; mientras el niño, con su garganta abierta y libre, chupaba a grandes tragos aquella leche tibia, al igual que todas aquellas hierbas numerosas bebían la vida de la tierra.

—¡Qué hambre!—dijo ella.—¡Quieres hacer el favor de no morder tan fuerte, golosito!

Mateo había quedado absorto, encantado por aquella primera sonrisa de su hijo, alegre al verle mamar con tan gran apetito y contemplando cómo los demás devoraban aquellas rebanadas de pan. Invadióle su ideal de creación, dió rienda suelta a su pensamiento del porvenir que le embargaba por completo, sin que todavía hubiera dicho nada a nadie.

—¡Oh, sí! ¡Ya es hora de que ponga manos a la obra, que funde mi patrimonio, si quiero que mis hijos tengan lo suficiente para ir creciendo! Y es preciso pensar en los que vendrán mañana, en los que de año en año vendrán a aumentar mi mesa. ¿Quieres que te lo explique, quieres saberlo?

Ella levantó los ojos, atenta, sonriente.

—Sí; si ha sonado la hora, explícame tus secretos. ¡Oh! ya presentía yo, que tú tenías algu-

na esperanza grande; pero no te decía nada, esperando que tú me lo dijeras.

Respondió vagamente invadido su pensamiento por un recuerdo brusco.

—Bien sabes que ese Lepailleur es un holgazán y un imbécil, con toda su malicia. ¡Por ventura puede haber estupidez mayor que la de imaginarse que la tierra ha perdido su fecundidad, que está próxima la bancarrota, ella, eterna madre, de eterna vida! Sólo es madrastra, para aquellos hijos que son malos, para los testarudos de inteligencia limitada que no saben ni amarla ni cultivarla. Pero que encuentre uno inteligente, que haga de ella su culto, que se entregue por completo a ella, que sepa trabajarla con todos los adelantos modernos de la ciencia, ayudado de la experiencia y se la verá estremecerse, criar sin descanso, cubrirse de retoños incalculables... ¡Ah! en el país dicen que el patrimonio de Chantebledin no ha producido ni producirá otra cosa que espínos. ¡Conforme! ¡Ya vendrá un hombre que lo transformará y hará de él una tierra nueva llena de goces y abundancia!

Volviéndose luego bruscamente con el brazo extendido iba señalando los sitios a los cuales se refería a medida que iba hablando:

—Allí detrás, hay más de doscientas hectáreas de bosques pequeños, que llegan hasta las estancias de Marenil y de Lillebonne. Están separados por claros de excelente suelo, en los que se criarían buenos pastos, puesto que hay numerosos manantiales... Pero sobre todo, aquí, a mi derecha, estas fuentes son de abundancia tal que han cambiado esa vasta planicie de cenagal, cortado por balsas llenas de cañas y juncas. E imagínese un genio atrevido, un espíritu conquistador que secara esos terrenos, los desembarazara

de esas aguas demasiado abundantes, por medio de canales de construcción facilísima y he ahí un inmenso campo conquistado, entregado al cultivo, en el cual el trigo crecería con pujanza extraordinaria. Y no es esto todo, aun queda ante nuestra vista ese terreno, esas pendientes suaves, desde Jonville a Vieu-Bourg y allá abajo, más de doscientas hectáreas, abandonadas por causa de sequedad y de lo basto de su suelo pedregoso. Esto es pues, sencillísimo, no habrá más que tomar desde allí arriba esas fuentes cuyas aguas están estancadas, esparramarlas por esas llanuras estériles que poco a poco llegarían a ser fertilísimas. Todo lo he mirado, lo tengo todo estudiado. Yo siento en mi interior cómo un creador interior haría de esas quinientas hectáreas de tierra el más fértil de los dominios. Todo un reino de trigos, un nuevo mundo que crear por medio del trabajo y con la ayuda bienhechora de las aguas y de nuestro padre el sol, eterna fuente de la existencia.

Mariana le miraba, admirábale, mientras que él se estremecía exaltado por la evocación de su sueño. Asustóse por la grandeza de tan risueña esperanza, no pudiendo contener esta exclamación de inquietud y prudencia:

—No, no, eso es demasiado; tú quieres un imposible. ¡Cómo puedes creer tú que nosotros tengamos nunca todo eso, que nuestra fortuna se extienda sobre todo el país! ¿Dónde está el capital y los brazos para una conquista semejante?

Quedóse él mudo durante algunos minutos, azorado por tal sacudimiento, vuelto a la realidad. Mas luego púsose a reír, llevado de su carácter tierno y razonable.

—Tienes razón, estoy soñando, estoy diciendo cosas locas. Mi ambición no es tanta que quiera

ser el rey de Chantebled. Aunque todo lo que te digo es verdad y ¿qué mal hay en soñar con grandes proyectos para tener valor y fe? Mientras aguardo, estoy resuelto a probar el cultivo, modestamente, con algunas hectáreas que sin duda me cederá Seguin junto con el pabelloncito que ocupamos. Yo sé que es una carga para él su propiedad, inmovilizada por los arriendos de caza. Y, más tarde, ya veremos si la tierra nos quiere, y hacia nosotros vuelve, así como nosotros vamos hacia ella. ¡Ea! ¡Ea! ¡nutre la vida a ese gloriocito, esposa mía, y vosotros hijos míos, comed y bebed, tomad fuerzas, que la tierra es de los que tienen la salud y el número!

Por toda contestación Blas y Dionisio volvieron a tomar sus rebanadas de pan, mientras que Rosita concluía con el jarro de agua que le había dado Ambrosio. Pero más que todo era Mariana el símbolo verdadero de la fecundidad en todo su esplendor, la fuente de vigor y de conquista, con aquel desnudo seno en que Gervasio mamaba con toda su alma. En torno suyo sentía la madre nacer aquella fuente y esparcirse por doquier. No estaba sola en su crianza, la savia del mes de abril hinchaba las tierras, agitaba los bosques, hacía crecer las altas hierbas en las que estaba ella hundida. Y bajo sus plantas, desde el seno de la tierra en continua creación, sentía ella aquella oleada que la invadía, que la llenaba, volviéndola a dar la leche, a medida que salía de su seno. Sentía allí la oleada de leche que fluía por el mundo, la eterna oleada de vida para la nutrición eterna de los seres. Y sentíase invadida en aquel alegre día de primavera por aquella campaña, exuberante, harmoniosa, oliente, con el triunfo de la madre que, libre su seno bajo el sol,

a la vista del vasto horizonte, daba de mamar a su hijo.

II

Al día siguiente, después de haber trabajado durante toda la mañana y teniendo su tarea corriente bastante adelantada, tuvo la idea Mateo de ir a casa de la señora Bourdieu para saber nuevas de Norina. Sabía que desde hacía quince días se encontraba en cama a causa del parto y deseaba asegurarse por sí mismo de la salud de la madre y el niño, para de ese modo cumplir mejor la misión que Beauchéne le había encomendado. Y como éste no había vuelto a hablarle una palabra respecto al particular, díjole únicamente que después de mediodía se ausentaría, pero sin explicarle el motivo de tal ausencia. No se le ocultaba tampoco el alivio que tendría su patrón, cuando se enterase del final de aquella aventura al saber que el hijo había desaparecido y que la madre estaba ya en brazos de otro amante.

En casa de la comadrona, en la calle de Mirosmenil, encontró a Norina, todavía en cama, próxima a dejarla pues estaba dispuesta a marchar el próximo jueves. Y tuvo la sorpresa de encontrar al pie del lecho, al niño, dormido en la cuna, del cual creía él que ya se había desembarazado.

—¡Gracias a Dios que llega usted!—exclamó con alegría la parida.—Iba a escribirle, para verle al menos, antes de marcharme. Mi hermanita le hubiera llevado la carta.

En efecto, Cecilia estaba allí con su otra hermana Irma, la más jovencita. La mamá Moineau

no había podido dejar sus faenas, y las había enviado para saber nuevas, encargándoles que llevaran a su hermana mayor tres hermosas naranjas que estaban sobre la mesa de noche. Las dos chiquillas habían venido a pie, contentas de la caminata, al ver los escaparates de las tiendas y luego aquella casa tan bonita en la cual habían encontrado a su hermana; eso sin contar que el niño, aquel muñeco viviente envuelto en sus pañales de muselina las tenía llenas de ardiente curiosidad.

—Vamos, veo que la cosa ha ido bien,—dijo Mateo.

—¡Oh, perfectamente! Hace cinco días que me levanto un poquito, y próximamente me marcharé. No con muchas ganas, sabe usted, puesto que aquí tengo muy buena vida y ya se me acaba... No es verdad, Victoria, que en la calle no encontramos una comida y un colchón tan buenos? Reconoció entonces Mateo a Victoria, la sirvientita, que sentada cerca de la cama arreglaba ropa blanca. Había llegado allí ocho días antes que Norina, y debía dejar la casa al día siguiente, lista para su parto. Y entre tanto, trabajaban un poco por cuenta de Rosina, la señorita rica, aquella linda incestuosa de la cual había abusado su padre y que en cama desde la vispera, ocupaba el cuarto de al lado. En la habitación de las tres camas, menos bella pero llena de sol, Norina y Victoria no habían tenido otra compañera luego que Any; libre ya de su embarazo se había marchado a su casa, en el vapor. La sirvientita levantó la cabeza dejando de coser.

—A buen seguro que una no podrá dar vueltas a la cama ni tener todas las mañanas antes de levantarse su vaso de leche caliente. Eso tampoco